

EDUCACIÓN INTERCULTURAL UN PUENTE AL FUTURO

Dr. César Picón Espinoza
Vice-Ministro de Educación
Gestión Administrativa

Un gran desafío de nuestro tiempo es conocer e identificar los distintos códigos culturales, dentro de un horizonte civilizador cada vez más abierto y tolerante.

Identificados y conocidos los códigos de los distintos sistemas culturales, una de las grandes opciones del tiempo en que vivimos es el modo de usar dicho patrimonio de la humanidad. La reacción de la gente frente a tal situación puede tener algunas de las siguientes expresiones: indiferencia e inacción ante este aporte colectivo; incorporación indiscriminada de este formidable bien del desarrollo cultural de la humanidad, generando unas veces indeseables violentaciones culturales y otras promoviendo una alienación cultural, fomentando así la emergencia de expresiones subordinadas a la cultura dominante; asimilación selectiva de los bienes de la cultura, combinando armoniosamente la conservación y enriquecimiento de las raíces culturales con la apertura a la incorporación de nuevos elementos provenientes de otros sistemas culturales.

El proceso de asimilación selectiva de los bienes de la cultura no está exento de riesgo. Uno de ellos, que hace noticia

con cierta frecuencia, es la trampa de la falsa integración. Hablar, por ejemplo, de cultura latinoamericana, es referirse a un universo muy grande y diverso de expresiones culturales, ciertamente con un núcleo común que comparten las naciones que forman parte de dicha comunidad regional. Un hecho concreto es que nuestras sociedades nacionales son pluriculturales y varias de ellas multiétnicas y multilingües. El problema de fondo es que la falsa integración tiene como foco, entre otros elementos, la lengua general o de uso común. De este modo, las expresiones culturales y lenguas de las poblaciones marginadas no son debidamente valorizadas y no forman parte de la agenda estratégica de los países.

Hay múltiples evidencias empíricas acerca de las miopías ideológicas, gubernamentales y burocráticas en relación con la dimensión cultural del desarrollo. Tal miopía ha generado históricamente distorsiones, discriminaciones, incomprensiones, olvidos e injusticias. Afortunadamente, desde los noventa viene emergiendo la tendencia de considerar que el desarrollo no sólo supone una atenta consideración de los aspectos económicos, sociales y humanos, sino también una expresa aceptación que, en el proceso y en la diná-

mica del desarrollo, hay una presencia relevante de la cultura en sus distintos tamaños y escalas. Es una de las grandes tareas históricas que la educación intercultural puede contribuir a impulsar en sus campos de competencia.

EDUCACIÓN INTERCULTURAL: PRINCIPALES COMPONENTES

Las experiencias presentadas suscitan la inquietud de que la educación intercultural, para ser asumida, interiorizada y legitimada social e institucionalmente, supone la creación de condiciones favorables, algunas de las cuales se comentan a continuación.

Es fundamental tener actitudes positivas de comunicación con personas de otros sistemas culturales. Ayuda mucho a este propósito el acceso a la información y al conocimiento de otros sistemas culturales, así como el respeto a la creación individual de las personas y de las colectividades humanas, independientemente de los espacios en que viven, de sus razas, etnias y lenguas.

La tolerancia es un elemento facilitador de la educación intercultural. Es la disposición

favorable de comprender las diferencias en el creer, crear, vivir, pensar, valorar, decidir, hacer. Es un gran puente para construir la comprensión humana al interior de un sistema cultural y entre sistemas culturales de distintas civilizaciones.

El diálogo es el privilegiado instrumento de comunicación entre personas, culturas y pueblos. Para ser auténtico debe darse en condiciones de respeto recíproco y de horizontalidad. Cuando hay una ruptura de ese equilibrio, el diálogo deja de ser tal y abre paso a la imposición del elemento dominante.

Una educación intercultural bien cimentada tiene como soporte fundamental la identificación de las raíces de su sistema cultural y sus diferencias con otros sistemas culturales. Es la brújula orientadora para hacer emprendimientos innovadores en el campo de la comunicación entre sistemas culturales y crear las condiciones adecuadas para construir un genuino diálogo cultural, en la perspectiva de un mecanismo de intercomunicación cultural permanente y de un consiguiente aprendizaje intercultural.

Si fructifica la condición anteriormente señalada, se habrá ganado un gran espacio para la internalización, el aprendizaje y el disfrute gozoso de las diferencias culturales. Es una de las metas a la que debe orientarse la educación intercultural. Uno de los mecanismos a utilizarse puede ser el cultivo de la práctica de la transferencia en su más amplio sentido y que, por tanto, rebasa el reduccionismo de

la repetición mecánica de algo. La transferencia, en una visión amplia, implica la soberana decisión de los actores involucrados de aceptar los aportes provenientes de otros sistemas culturales, dentro de un proceso de libertad cultural y de asimilación selectiva de los bienes de la cultura.

La práctica de la interculturalidad es un desafío de construcción y de articulación de las voluntades humanas, sociales y políticas. Sus escenarios primarios son la familia, las comunidades locales y la sociedad de la que formamos parte. Lo que no debe hacerse en nombre de la interculturalidad es la imposición de valores y códigos culturales, fundamentalmente por razones económicas y políticas, contribuyendo a la emergencia de culturas dominantes y culturas subordinadas. En nombre de la globalización no se puede violentar el rico y diverso patrimonio cultural de la humanidad, que floreció y tiene la opción de seguir floreciendo en los diferentes escenarios de las civilizaciones humanas.

En las sociedades modernas, una de cuyas características es una dinámica migración humana, la interculturalidad tiene su núcleo inicial en la familia. Papá y mamá tienen un currículum cultural, unas veces explícito y otras escondido, en razón de los prejuicios y de los convencionalismos sociales. Los hijos e hijas pertenecen a otra generación y sus referentes de valores, por lo menos en lo que concierne a los énfasis, no corresponden necesariamente al de sus padres. En relación con tal situación, los padres de fami-

lia tienen las siguientes opciones: imponer a sus hijos sus sistemas de valores y sus respectivos intereses estratégicos como personas de su tiempo; o pueden convertirse en artífices de un diálogo y negociación cultural, teniendo en cuenta los énfasis generacionales, incluso dentro de su propio sistema cultural.

La situación anteriormente referida, en familias constituidas por miembros provenientes de diferentes sistemas culturales, es mucho más compleja. Aquí se requiere una visión amplia de interculturalidad y de actitudes favorables y destrezas en materia de negociación cultural.

Hace algunos años conocí en Bolivia una familia conformada por un distinguido profesional quechua (padre), una inglesa (madre), un holandés (hijo mayor) y una boliviana (hija menor). Esta familia, como consecuencia del trabajo internacional de los padres, era un pequeño laboratorio de interculturalidad. Conocí personalmente y disfruté de la generosa hospitalidad de dicha familia. Era formidable conocer el proceso y el resultado de cómo construyeron su núcleo de cohesión, su identidad, a pesar de las diferencias; era fascinante comprobar que los valores y el estilo de vida que asumieron todos sus miembros se constituyeran en el núcleo fundamental de su vida familiar y personal.

Si la interculturalidad se da con frecuencia en nuestras familias, con mayor razón y en forma mucho más amplia se da en las comunidades locales y en la

sociedad global. Desafortunadamente, tal situación no siempre es tomada en cuenta, con el rigor que debiera, en la definición de las grandes políticas de desarrollo cultural en relación con las otras expresiones de desarrollo.

LA INTERCULTURALIDAD: UN DESAFÍO PARA TODOS

La interculturalidad es un fenómeno real y potencialmente presente en los países de todos los tamaños. Un país territorialmente pequeño como Panamá, por ejemplo, registra la presencia de varios sistemas culturales y de una rica variedad étnica.

A la luz de los señalamientos precedentes es fundamental actualizar nuestra información y conocimiento acerca de los sistemas culturales vigentes en nuestra sociedad nacional, en nuestra región y en la comunidad internacional.

En esta nueva era que estamos viviendo la educación intercultural tiene la extraordinaria potencialidad de convertirse en el hilo conductor de las interrelaciones y de las interacciones de los sistemas culturales. Metafóricamente, la educación intercultural es algo así como una nave espacial que nos puede llevar a visitar y conocer galaxias culturales que, hasta ahora, sólo las conocemos referencialmente o sencillamente las desconocemos, aunque estén dentro de nuestra propia sociedad nacional. De esta forma, la educación intercultural permitirá a las personas de distintos países, naciones y cultu-

ras, comunicarse cada vez más y compartir los valores humanos fundamentales, así como también contribuir a la revaloración, respeto y enriquecimiento de las diversidades culturales del mundo en que vivimos.

La educación intercultural, en su más amplio sentido, es un instrumento estratégico para la vida de las civilizaciones humanas dentro de una atmósfera de tolerancia, de vigencia de los derechos humanos, de superación de las discriminaciones, de sensibilización para construir respuestas solidarias de lucha contra la pobreza y la exclusión; y es un instrumento que facilita la construcción de una cultura de paz con democracia y desarrollo humano sostenible. Ha habido en América Latina avances en materia de educación bilingüe, particularmente en relación con el aprendizaje de la lengua común (español) por parte de las poblaciones nativas. Con algunos logros y evidentes carencias críticas, esa realización sigue en marcha. Sin embargo, el bilingüismo está asociado históricamente al intento de integración de la población indígena, del que no participan en forma comprometida los otros sectores y etnias de las sociedades nacionales.

La lógica que sustenta la situación anteriormente señalada, parece ser la siguiente: al interior de nuestros países hay diversos sistemas culturales; es indispensable conocerlos, como punto de partida, para valorarlos y respetarlos. Cuando hay recíproca valoración y respeto se abre un puente al diálogo entre los sistemas culturales, en un

plano de horizontalidad. Este diálogo puede contribuir a profundizar una educación intercultural en apoyo a las grandes tareas del futuro.

La meta señalada en el párrafo precedente nos puede y debe conducir a logros más amplios de interculturalidad en los niveles regional e internacional. En todos los niveles señalados el propósito es lograr un diálogo de culturas dentro de nuestras respectivas sociedades nacionales, de nuestro horizonte civilizatorio y entre las civilizaciones vigentes en la nueva era de la humanidad.

Este diálogo puede abrir fronteras insospechadas de realización humana en distintos campos. No cabe duda que, en tal visión, la educación intercultural, en su más amplio sentido, dentro de los espacios educativos escolares y de otros espacios educativos del estado nacional y de la sociedad civil, será un instrumento estratégico de apoyo a las grandes propuestas humanísticas del Siglo XX: derechos humanos, preservación y conservación del medio ambiente, cultura democrática, desarrollo humano sostenible, seguridad humana, educación para todos y a lo largo de toda la vida, cultura de paz.

Casi todo el mundo está de acuerdo en que la educación intercultural es de la más alta relevancia y pertinencia para la vida y el desarrollo de las personas y de las colectividades humanas. Sin embargo, una gran mayoría de países, incluso dentro de sus respectivos procesos de reformas educativas, no tienen definiciones de políti-

cas y estrategias para su aprovechamiento óptimo. Es el momento de recuperar el tiempo perdido.

Demos un paso adelante y hagamos de la educación intercultural, desde el estado nacional y la sociedad civil, un vehículo privilegiado de comprensión, tolerancia y paz, para el florecimiento de civilizaciones humanas con un elevado desarrollo espiritual y un cultivo permanente de su rica y creativa diversidad cultural.

Desde la caída del Muro de Berlín, que es un hito del término de la Guerra Fría, la fuente principal de conflictos no será ideológica, política ni económica, sino, según Huntington, cultural. Las personas y colectividades humanas, frente a un mundo multipolar, considerarán que lo más significativo que deben preservar es su identidad cultural. Siguiendo a Huntington, "la gente se define desde el punto de vista de la genealogía, la religión, la lengua, la historia, los valores, costumbres e instituciones".

En los tiempos en que vivimos hay grandes civilizaciones en la connotación de "entidades culturales más amplias". En base a un cuidadoso estudio bibliográfico, Melko identifica a doce grandes civilizaciones, siete extintas y cinco vigentes. Las civilizaciones que ya no existen son las siguientes: mesopotámica, egipcia, cretense, clásica, bizantina, mesoamericana y andina; mientras las civilizaciones vigentes en nuestros tiempos son: china, japonesa, india, islámica y occidental.

En la percepción de Huntington, "El choque de civilizaciones dominará la política a escala mundial; las líneas divisorias entre las civilizaciones serán los frentes de batalla del futuro".

Tal situación plantea el desafío de que "Occidente necesita desarrollar una más profunda comprensión de las concepciones religiosas y filosóficas de otras civilizaciones, de los puntos de vista y los intereses de otras naciones, de lo que tienen en común con nosotros..."

Si asumimos que es a través de la educación que se transmiten, se recrean y se generan nuevas expresiones de cultura, tenemos que convenir que la educación intercultural en el Siglo XXI será el instrumento estratégico para superar los efectos negativos de las incomprendiones, tensiones y conflictos entre los diversos sistemas culturales dentro de sus correspondientes horizontes civilizatorios.

Contribuir a construir la comprensión internacional acerca de las diferencias de filosofías, valores, costumbres y percepciones sobre la vida, es el gran desafío de la educación intercultural. A través de ella las personas de los distintos sistemas culturales, comprendidos dentro de sus correspondientes civilizaciones, tienen la opción de generar respuestas creativas, innovadoras y fiables para que esta brecha intercivilizadora no se agrande y que, por el contrario, podamos vivir en convivencia pacífica en un mundo multicivilizador, sin pérdida de la identidad cultural de las personas y de los pueblos.